



El poeta que viene volando 000 198905

¿Qué día va hoy por el calendario? El 25 de mayo, naturalmente. Es la fecha nacional de Argentina. He aquí, sin embargo, que no voy a ocuparme para nada del país vecino. Me preocupa más un suceso distinto, tatuándose el corazón desde más cerca. El 25 de mayo de 1934 murió en Santiago el poeta Alberto Rojas Jiménez, asesinado por una pulmonía fulminante. Ese fue, al menos, el diagnóstico de los médicos que lo atendieron en la Posta Central de la Asistencia Pública. El 25 de mayo del 34, separado del presente por 59 años de distancia, llovió de modo torrencial en nuestro Santiago de todos los extremos. El cuerpo de Rojas Jiménez fue recogido en el Parque Forestal, ya en estado agónico, sin chaqueta, sin abrigo y sin sombrero, esto es, sin nada para precaverse de la terrible lluvia que terminó por matarlo casi con cariño empapándolo primero, para luego hacerlo dormir en su húmedo regazo, botado en un recodo cercano a Bellas Artes, sin que el poeta siquiera pudiese despertar. Alberto Rojas Jiménez transitó en su último sueño hacia la muerte, sin darse cuenta exacta de lo que le ocurría. No por ello dejan de asquearme quienes lo mataron. El cuerpo de Rojas Jiménez, cubierto de sombríos moretones, era un testimonio elocuente del dramático sucedido. El poeta había acudido a un boliche de la Plazuela del Corregidor, donde bebió con áspera sed desesperada el famoso vino caliente, ofrecido como la más predilecta de las especialidades de la casa. Dos o tres jarros después, tal vez cuatro, acaso cinco o los que fuesen —que en el pedir no hay engaño—, con su corazón animado por la tracción alcohólica que co-

rría por las venas, Rojas Jiménez se echó la mano a los bolsillos para pagar su consumo, hallándolos vacíos. Entonces llamó a los mozos y sonrió ante ellos, explicándoles el caso. "No tengo plata —dijo—. Ando fallo al as de oro y el dinero se me fue en otros sitios y otras cosas. Como abomino de los perros muertos, vendré a pagar lo que debo mañana, o más bien pasado mañana, cualquier día. Puedo hacerles un vale, mientras tanto, y hasta un soneto si lo quieren. ¿Qué les parece la cosa?"

Recibió una feroz respuesta a sus buenas intenciones. Los garzones lo golpearon en patota, despojándolo del abrigo, la chaqueta y el sombrero, dejándolo exánime ante la mirada indiferente de la clientela habitual del expendio —bebedores que cataban con sabia lentitud sus distintos venenos preferidos y mujeres complacientes que se creían cada cual la imagen de Mimi Pínsón, la gabacha que sabía sacar la canción de las botellas en el París de otros tiempos. "No se preocupen, señoras y señores —les habían dicho los garzones—. Tengan la bondad. Ya estamos por terminar el necesario castigo".

Lo terminaron afuera, en el Parque Forestal, donde Alberto Rojas se durmió en la muerte. Así perdimos al poeta que había despilfarrado su genio en Chile y el extranjero, en París de Francia, en Madrid de España y en tantas otras partes. Por allá andaba Pablo Neruda cuando ocurrió el crimen. Neruda escribió entonces su hermosa elegía a la memoria de su amigo: "Entre plumas que asustan, entre noches/ entre magnolias, entre telegramas,/ entre el viento del Sur y el Oeste marino,/ vienes volando".

Ya nadie o casi nadie se acuerda del poeta. Pero a mí me duele todavía su nostalgia.

Raúl Morales Álvarez

25-V-1993 P.J.

ARM 19425

El poeta que viene volando [artículo] Raúl Morales Álvarez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Morales Álvarez, Raúl, 1912-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El poeta que viene volando [artículo] Raúl Morales Alvarez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile